

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 14 DE AGOSTO DE 1932

NÚMERO 33.



1. Un buen a - mi - go ha - llé, Mi buen Je - sús. } Si a - mi - gos y so - laz
Su a - mor no per de - ré, Mi buen Je - sús.



A - qui no en - cuen - tro más, Me o - fre - ce e - ter - na paz Mi buen Je - sús.



2. Pobre y viejo seré,
Mi buen Jesús;
Mas sostendrá mi fe
Mi buen Jesús.

El me socorrerá
Su brazo cerca está,
Y gracia me dará
Mi buen Jesús.

3. Es el mundo mortal,
Mi buen Jesús;
Y en el juicio final,
Mi buen Jesús:

¡Oh, qué placer sin par,
Allí a mi Rey mirar,
Del arpa al son cantar:
Mi buen Jesús!

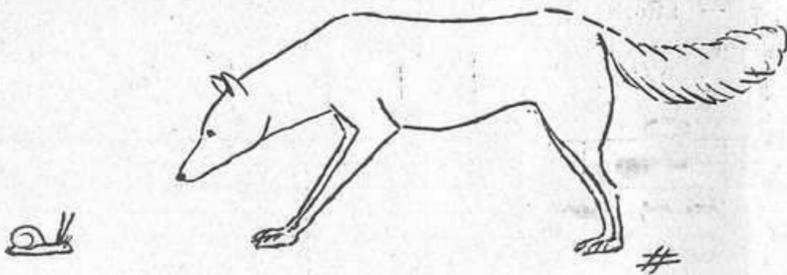
4. ¡Adiós, humanidad!
Mi buen Jesús.
¡Ven a mí, eternidad!
Mi buen Jesús.

El es, sí, mi salud,
Mi ciencia y rectitud,
Vida, luz y virtud,
Mi buen Jesús.

El Zorro y el Caracol

Un día un zorro estaba de muy buen humor. Brincaba y saltaba por el campo, a sus anchas. De pronto vió un caracol arrastrándose por la hierba, y dando una carcajada dijo en tono burlón:

—¡Olé, “peque”, qué bien corres! ¡Parece mentira! ¿Quiéres que apostemos a correr?



El caracol sacó sus cuatro cuernos, miró alrededor y contempló detenidamente al zorro:

—¿Por qué no?—contestó—. Yo me atrevo contigo.

Por meta acordaron la orilla del río, que estaba a unos cien pies de distancia.

—Te concedo de ventaja toda la longitud de tu cuerpo—dijo el caracol—, y verás cómo, a pesar de esto, te gano.

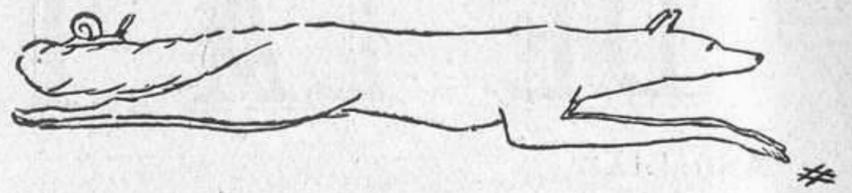
Esto al zorro le parecía raro e imposible; pero aceptó.

Entonces el caracol se pegó con su baba a la punta de la cola del zorro y exclamó:

—Ya estoy. ¡Ten cuidado, que voy a contar!

El zorro se preparó, y cuando hubo contado el caracol hasta tres, salió como un relámpago y pronto llegó al sitio que habían convenido como meta.

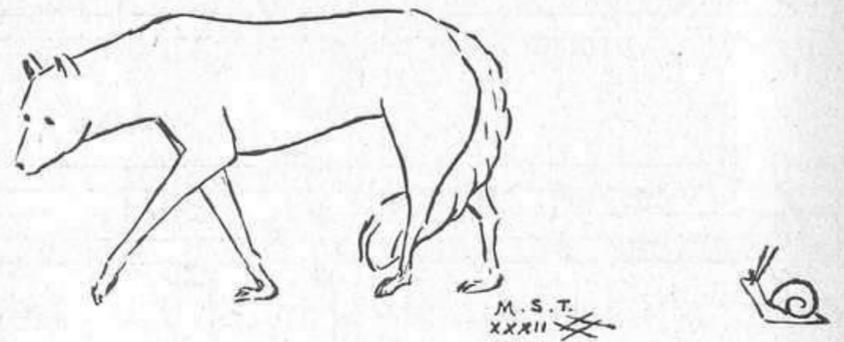
Dió la vuelta muy de prisa para ver dónde se quedaba el caracol; pero al



dar la vuelta, el zorro le había lanzado de su cola a la orilla opuesta del río.

—¿Cuándo vas a llegar, “pelmazo”?—gritó.

—Ya estoy aquí hace un cuarto de hora—contestó el caracol—, y por no aburrirme crucé todavía a la otra orilla del río.



El zorro, muy avergonzado, metiendo la cola entre las patas, se marchó diciendo: “Un simple caracol ha podido más que tú.”

E L E C O

Aquel día, Carlitos estaba de mal humor.

¿Por qué?—lo ignoro.

Acaso estaría de mal humor sin causa alguna; esto ocurre a ciertos chicos pequeños que conozco.

Julita, su hermanita, viéndole tal mal humorado, trató de distraerle. Le puso en la mano una raqueta; él la dejó caer

desdeñosamente. Entonces, disgustada de tan mal acogida, ella también se enfadó.

Carlitos le dió la espalda; Julita alzó los hombros.

El chico la trató de sosa; la niña le llamó feo.

Carlitos, furioso, apenas hubo levantado la mano sobre ella, que su hermana, irritada, le amenazó con una torta.

Entre tanto, llegó el padre.

Escucha, Carlitos—dijo—; tengo que contarte una historia: “Un día—tenía más o menos tu edad—fuí a pasearme en un bosque, cerca de la casa en que vivía con mis padres, y detrás del cual había una roca perpendicular. Mi perro Black corría y brincaba a mi lado. Jugando con él me puse, para imitarle, a ladrar con todas mis fuerzas. ¡Cuál no fué mi sorpresa oyendo una voz que gritaba del otro lado del bosque: ¡Guau, guau, lo mismo que yo!

—¿Quién eres?—dije.

—¿Quién eres?—repitió la voz.

—Luis Lambert—contesté.

—Luis Lambert—repitieron.

Entonces me enfadé, creyendo que alguien se burlaba de mí, y chillé furioso: Si tuviera un palo, te pegaría.

Pero cuando oí la voz contestarme groseramente: “Te pegaría”, corrí hacia mi casa, tan de prisa como pude, para decir a mi padre que había en el bosque un chico malo, que decía tonterías y quería pegarme. Mi padre me tomó sobre sus rodillas, y me interrogó; cuando le conté toda la historia, se echó a reír, y volviéndose serio, me dijo que ese mal muchacho se llamaba

“eco”, que no había hecho más que reproducir mis palabras, que si le hubiese hablado con dulzura y bondad, me hubiera contestado lo mismo.

“Lo mismo te ocurrirá en todo el curso de tu vida, querido hijo”, añadió mi padre.

“Si te muestras duro e intratable, puedes contar que eharán lo propio contigo.

La conducta de los demás, respecto a nosotros, es casi siempre un eco de la nuestra.”

Esa pequeña aventura y el consejo de mi padre se han quedado grabados en mi memoria.

Espero, Carlitos, que tú también te acordarás de ello.

Dádivas que se pagan

Quien tiene ojos para ver, que vea lo mucho que Natura nos enseña; quien tiene oídos para oír, que oiga, que medite, que busque y que comprenda. [da.

Hay leyes inflexibles en la vida que el hombre ha de cumplir perennemente, leyes sabias que tienen escondida la omnisciencia de un Dios omnipotente. [te.

El campo tan hermoso, los jardines, las huertas y los valles imponentes, las proderas y bosques sin confines, nos hablan de esa ley que eternamente habrase de cumplir sobre la tierra.

Si das se te dará, dicen los campos que invitado se encuentra hoy el hombre; [bre;

dame semilla y te daré una planta
que más tarde te admires y te asombre.
Por sus frutos inmensos y sus bienes.

Cada fruto que das lo devolvemos
con creces en favor de tu confianza;
dadnos semilla y fruto te daremos.

En cantidad cual tu saber no alcanza,
a comprender como el creador lo abun-
[da.

Semilla dame que en mi seno muera,
prorrumpen las entrañas de este suelo;
cada grano que das su germen lleva
de una vida mejor que da el cielo
para tu bien multiplicando el grano.

Si nada tú nos das, nada daremos,
porque nada has querido tú confiar-
[nos,

las leyes del Creador obedecemos,
y ninguno, jamás, podrá forzarnos
a quebrantar las leyes del Eterno.

Cristianos que escucháis en esta no-
[che
la invitación de amor del buen Maes-
[tro,
dad en redor y se os dará en derroche
las ricas bendiciones de los cielos.

Dad al Señor vuestros mortales pe-
[chos
con corazón ennegrecido y duro,
vuestra alma dad a nuestro buen Maes-
y os dará bondad en lo futuro. [tro

Dad al Señor vuestro dinero humano
para que lo use en la extensión de su
[obra,
y El os dará de su insondable arcano
sus grandes bendiciones aún de sobra.

Dad al Señor de vuestro tiempo her-
[moso,
llevando siempre de Jesús la historia
a este mundo perdido y portentoso,
premio os dará Jesús, allá en la gloria.

Dad al Señor para su casa santa
almas, tiempo, dinero y oraciones,
y El llenará en plenitud que espanta
vuestra vida de eternas bendiciones.

C. E. MORALES.

Peces vivos en el hielo

En Siberia, país de un frío intensí-
simo, donde muchas veces se hielan los
ríos hasta el fondo, ocurre muy ame-
nudo, que los peces se quedan encerra-
dos en el hielo bastante tiempo. Pero
esto no les perjudica. Cuando se des-
hace el hielo, empiezan a moverse co-
mo antes.

Este hecho ha dado origen a los en-
sayos de preparar peces para largos
viajes, dejándoles encerrados en el hie-
lo. Un célebre naturalista suizo procu-
ró que el agua en un recipiente que
contenía varios peces de agua dulce se
convirtiera poco a poco en hielo, hasta
formar un solo bloque helado. Dos me-
ses más tarde, hizo derretirse el hielo.
Los peces, que poco a poco se sentían
libres otra vez, pronto recobraron fuer-
zas, y quedaron tan sanos como antes,
sin mostrar señal de que el largo apri-
sionamiento les hubiera hecho daño al-
guno. En vista de esta experiencia, y
después de largos ensayos, se llevan
ahora a los Estados Unidos peces vi-
vos al mercado, encerrados en el hielo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un
año:* en España y Repúblicas Americanas,
ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás paí-
ses, ptas. 4,50. — LIBRERÍA NACIONAL Y EX-
TRANJERA: Caballero de Gracia, 60, Madrid.

J. Sánchez de Ocaña.—Tutor, 16. Madrid.—Teléf. 32374.